

La experiencia de la bondad de Dios

Realicé mi primera práctica profesional - siendo aún estudiante - con jóvenes "difíciles de educar" y con enfermos incurables. Ver tanta miseria humana me afectó bastante y me hizo sentir impotente. Me dirigía todos los días a mi trabajo con un nudo en la garganta. Una señora mayor me aconsejó entonces: "Haz todo lo que puedas, pon lo que esté de tu parte y quédate tranquila. El amor de Dios es siempre mucho más grande de lo que puede llegar a ser nuestro sufrimiento." Estas palabras me dieron ánimo. En esa misma época, me planteé por vez primera la pregunta: si efectivamente Dios, que es omnipotente, nos ama ¿por qué permite que suframos tanto?

Las respuestas que dan los teólogos a esta pregunta – propia de la teodicea - son más o menos conocidas. Al alejarse, al apartarse del Dios bueno, ha sido el hombre mismo quien ha introducido el mal en el mundo. Desde entonces, el egoísmo, el orgullo, la envidia, la ira y la avaricia dominan el mundo y originan un sufrimiento indescriptible. Dios permite las denominadas "desgracias naturales" – enfermedad, muerte y catástrofes de la naturaleza - para removernos y recordarnos cuál es el sentido último de nuestra vida. Dios quiere hacernos felices para siempre, pero sólo si nosotros *también* queremos. En las diversas circunstancias de nuestra vida, Dios nos invita - nos exhorta - a decidirnos libremente por Él y prepararnos así para ir a su encuentro.

Esta respuesta despertó en mí nuevas interrogantes. Siempre simpaticé con Guardini, que sobrellevó durante toda su vida esa tensión entre pensamiento y fe. Poco antes de morir, dijo a un amigo: cuando esté ante el Señor, lo primero que le preguntaré es algo cuya respuesta no he encontrado en ningún libro, en ningún dogma, ni el Magisterio eclesiástico: ¿por qué tienen los hombres que sufrir?^[26]

La cruz tiene un lugar central en el cristianismo. Con fe la aceptamos, la integramos en nuestra vida y la veneramos; pero continúa siendo un misterio. Un misterio de amor, no de temor. Es el misterio de un Dios que se hace solidario con nuestro sufrimiento y cuyo amor es tan grande que da su vida por nosotros. Desde entonces, el dolor y la muerte no tienen la última palabra en el mundo. Después de la cruz viene la alegría de la Resurrección, una alegría que no tiene fin. Quien posee una confianza tal, es invencible, invulnerable en su interior. ¿Quién lo puede vencer, si esa derrota es el paso previo a su triunfo definitivo?

Dios no nos libera del dolor, pues el dolor tiene un sentido misterioso e insondable. Pero el Señor permanece a nuestro lado y dice a cada uno de nosotros: "¡No temas! Esta noche pasará y luego verás la luz de la mañana de Pascua".

Y es que los cristianos no amamos la cruz, amamos a Jesucristo, el Crucificado. Si lo miramos a Él, que murió por nosotros, puede ser que nuestro dolor pierda importancia, que lo veamos como algo más bien secundario. Y si profundizamos en el misterio del amor de Dios, puede incluso ocurrir que logremos cumplir la más importante de todas las obligaciones cristianas: *ser todo lo felices que podamos.*